

## LA DECISIÓN DE HELENA

Una manzana de oro como recompensa al Dios más bello ha rodado hasta los pies de Ares, Poseidón y Hefesto. Los tres ansiaban la manzana, mas sabían que jamás se pondrían de acuerdo.

Poseidón y Ares se creían justos ganadores, así que ambos comenzaron a insultar a Hefesto. Este aguantó, pero cuando Ares sacó el tema de Afrodita, Hefesto enloqueció.

El Dios entró en cólera, y empezó a gritar a ambos Dioses. Hermes, que escuchó los gritos, decidió que la indicada para elegir al más bello era la mujer más hermosa.

Una vez llegaron a Esparta y se lo explicaron todo, Helena comprendió que aquel asunto era de suma importancia en el Olimpo y, ante la importancia de su decisión, decidió pedir algo más que su belleza.

Los tres Dioses decidieron usar su mejor arma para vencer. Una vez elegida su propuesta, los Dioses pasaron uno a uno con la esperanza de recibir la manzana.

Hefesto le ofreció lo que todo humano desearía: amor, y le ofreció la mano del troyano más hermoso.

Con gesto altivo, Poseidón le ofreció reinar los mares de la costa espartana.

Ares, el Dios de la guerra, despampanante ante los ojos de cualquiera, decidió ofrecerle protección para ella y su reino.

Helena comenzó a tantear quién de los tres sería el ganador; la oferta de Ares le parecía la más útil, mientras que la oferta de Poseidón le parecía tentadora.

Al contrario que las otras ofertas, la de Hefesto ni siquiera fue barajada, ella jamás abandonaría a Menelao.

Helena se acercó a los tres Dioses con temor y les comunicó su decisión final: Ares había sido el elegido.

Enfurecido, Hefesto cambió su rumbo. Decidió ir a Esparta y matar a Menelao con la intención de que Helena se diera cuenta de su error.

El rey murió cuando una espada ardiente fue clavada en su corazón. Toda Esparta se horrorizó ante el evento, pero, al ser cosas de Dioses, no objetaron nada.

Helena buscó un nuevo marido y, tras días de búsqueda, se decantó por un joven troyano. El afortunado fue París, que se convirtió en el rey de Esparta.

Hefesto se sintió estúpido viendo el enlace. Ahora, Helena había conseguido a Paris, pero él no había visto ni su reflejo en la manzana.

Desde entonces, Hefesto decidió no tomar decisiones hasta que la llama en su interior se hubiera calmado y pensara con serenidad.